

# Sobre culturas históricas marxistas y marxismo difuso\*

Francisco Erice  
Universidad de Oviedo

Habitualmente, el análisis de la influencia de las ideas marxistas se ha centrado en su plasmación o incorporación sistemática, más o menos ortodoxa o heterodoxa, por parte de distintos autores o como *corpus* teórico de organizaciones políticas determinadas. Casi siempre se ha descuidado su proyección difusa o parcial, su capacidad de impregnación del pensamiento de filósofos, científicos sociales, activistas o movimientos sociales que a menudo no se reconocen como marxistas, al menos en sentido pleno. Con ello se ha desdeñado o infravalorado uno de los aspectos fundamentales de la huella del marxismo y su función en sentido amplio, por utilizar la expresión de Gramsci, como un «momento de la cultura» del siglo XX.

El libro colectivo editado por Berger y Cornelissen, basado en un coloquio germano-italiano celebrado en 2014, tiene la virtud de ampliar en ese segundo sentido el campo del marxismo occidental, desde la historia de los movimientos sociales y con el frecuente recurso al concepto de



*cultura histórica* de Jörn Rüsen, quien la define como «la articulación práctica y operativa de la conciencia histórica en la vida de una sociedad»; noción, dicho sea de paso, poco usada en nuestros círculos historiográficos frente a otras con cuyos contenidos mantiene zonas de in-

\*Reseña de Stefan Berger y Christoph Cornelissen (eds.), *Culturas históricas marxistas y movimientos sociales en la Guerra Fría. Estudios de caso de Alemania, Italia y otros estados de Europa occidental*, Zaragoza, Institución Fernando el Católico, 2021, 361 pp.

tersección, como la de *memoria colectiva* o *cultura política*. Lo que el volumen nos ofrece son, en total, doce trabajos de valor y alcance desigual, pero todos ellos interesantes y la mayoría merecedores de la máxima atención.

El primero, el más general, viene a ser una especie de introducción de los dos editores en la que se plantea la relación, no siempre reconocida, entre marxismo y movimientos sociales. En él se resalta el papel particular del «marxismo no ortodoxo» en la cultura histórica de Europa occidental; una influencia no siempre basada en la ideología sino también en un *habitus* y un sistema de relaciones prácticas muy presente en los distintos movimientos de protesta. En ese sentido, la herencia matricial del antifascismo parece haber desempeñado un rol insustituible.

Es precisamente esa última cuestión (el antifascismo) la que aborda Arnd Bauerkämper para el período de la Guerra Fría en sentido lato. Lo que tras la Segunda Guerra mundial había sido a la vez «un dogma ideológico, un llamamiento a la concentración política y un paradigma en la investigación», quedó opacado en los peores años de la bipolaridad para revivir en los movimientos de protesta de los años sesenta, traspasando las fronteras nacionales. Los casos —bien diferentes y con cronologías dispares— de Gran Bretaña, Austria, Italia o Francia así parecen avalarlo. El antifascismo en las democracias de posguerra «apuntaló las culturas históricas marxistas que, sin embargo, se extendían más allá de socialistas y comunistas».

Aunque ubicado más adelante en el índice del libro sin que podamos deducir los criterios aplicados, Dieter Ruch reflexiona, en términos generales, sobre las relaciones entre labor académica y com-

promiso político en los estudios acerca de los movimientos sociales. Ruch defiende, entre las opciones posibles, una «simpatía reflexiva» que, sosteniendo unos valores generales, asuma los estándares científicos y rechace el partidismo ciego, aunando de forma paradójica la proximidad (para comprender mejor el significado de la acción) y la distancia (con el fin de resguardar los criterios científicos, la fiabilidad y la representatividad).

Algunos de los textos se centran fundamentalmente en interpretaciones y debates entre historiadores. Thomas Kroll, el primero de ellos, analiza la historiografía marxista dentro de la cultura histórica comunista y sus derivaciones transnacionales, insistiendo en la relevancia de controversias como la de la transición del feudalismo al capitalismo, la influencia de Gramsci o la proyección de Soboul y su historia de la revolución francesa o la «historia desde abajo» en otros ámbitos nacionales. También Gilda Zazzara fija su atención en la historiografía, en su caso la desarrollada en Italia en los años cincuenta y en el entorno del PCI, con referencias particulares a la Biblioteca Feltrinelli de Milán, la Fundación Antonio Gramsci en Roma y la labor de los institutos históricos de la Resistencia. Nuevamente la resurgencia del antifascismo en los movimientos juveniles se reveló como crucial. En todo caso, la huella de los historiadores marxistas de posguerra y sus trabajos sobre el fascismo y el movimiento obrero aparece claramente demostrada en la historiografía académica de los años ochenta y posteriores.

Los debates e interpretaciones marxistas acerca de la revolución alemana de 1918-1919 durante la Guerra Fría cierran el bloque de trabajos dedicados a la práctica historiográfica. Ralph Hoffrogge se sumerge en la historiografía de las dos

Alemanias y la memoria de la revolución frustrada, con relatos contrapuestos pero a la vez similares que, por ejemplo, coincidían en restar importancia al movimiento consejista. Desde los años sesenta, la diversidad de interpretaciones se relaciona a menudo con las opciones políticas presentes en la izquierda, desde las más *reformistas* hasta las inspiradas en principios marxista-leninistas o maoístas, pasando por los del *operaísmo* o similares. El autor, tras resaltar la presencia clara de los conflictos entre fracciones de la izquierda en la interpretación de la revolución alemana, subraya que el resurgir de una cultura marxista de la historia en la RFA fue «un proceso fragmentado y caracterizado por rupturas y eslabones rotos» y se basó en la exégesis de los textos clásicos más que en la tradición oral o la memoria organizativa de los grupos obreros.

La segunda parte del libro incluye seis trabajos que constituyen análisis de casos acerca de otros tantos movimientos sociales. El mismo Berger, junto con Christian Wicke, se adentra en el pacifismo y las reflexiones sobre el mismo del historiador (y activista, no lo olvidemos) Edward P. Thompson; concretamente, en las estrechas relaciones entre su inspiración marxista, su obra histórica y su compromiso por la paz. Desde luego, no todos los integrantes del movimiento compartían el humanismo socialista thompsoniano ni la controvertida noción de *exterminismo*, que atribuía una lógica propia a la dinámica de bloques, no reductible ni explicable con las críticas marxistas clásicas al capitalismo y al imperialismo. En cualquier caso, la intervención de Thompson muestra que el marxismo jugó un papel influyente en el movimiento antinuclear de los años setenta-ochenta del pasado siglo.

También en relación con el movimiento por la paz, Alrun Berger nos introduce en la Alemania occidental de los años sesenta y la evolución de las llamadas «marchas de Pascua» (*Ostermarsch*). Utilizando una vez más el concepto de cultura histórica de Rüsen, el autor observa la impregnación marxista gradual (siempre en términos de hibridación con otras influencias) del movimiento, y el papel de las organizaciones juveniles socialistas, a través de sus distintas etapas, desde el cristiano-pacifismo inicial a la fuerte politización del período final.

Benedikt Sepp, por su parte, nos sitúa en la emergencia del movimiento estudiantil germano-occidental en 1961-1962, su «estética» y sus lecturas marxistas, que combinaban un «retorno a los clásicos» con diferentes interpretaciones de la práctica política. David Bebnowski añade una aproximación al análisis de las publicaciones periódicas de la Nueva Izquierda alemana entre 1959 y 1976, aunque en perspectiva comparada con otros países, subrayando que el marxismo no fue su única fuente de inspiración.

También en términos comparativos, Petra Terhoeven utiliza los casos alemán e italiano para ilustrar la pulsión antiimperialista de la Nueva Izquierda en ambos países y su fascinación por la violencia revolucionaria, compitiendo con otras culturas, como la católica o la comunista mayoritaria. Este antiimperialismo contribuyó a una cierta atracción por la acción armada, a la que sucumbieron un pequeño número de jóvenes en Alemania y muchos más en Italia, frente a las críticas por voluntarismo desde el marxismo ortodoxo y la búsqueda por la mayoría de formas pacíficas de «tercermundismo», resultado también de una decepción moral que muchos otros, en cambio, «tuvieron que pagar con sus vidas». El libro se

cierra, precisamente, con un trabajo sobre el tercermundismo en Italia, obra de Guido Panvini, que analiza su influencia en los intelectuales y también el peso de la tradición católica y el diálogo marxista-cristiano tras el Concilio Vaticano II, con inevitables referencias, una vez más, a la exaltación de la violencia en los movimientos juveniles del momento.

En conclusión, más allá de las valoraciones particulares de cada uno de los trabajos incluidos, no creemos exagerado recomendarlo como lectura casi obligada para marxistas, marxianos, marxólogos y/o estudiosos de los movimientos sociales. Es a la vez un ejemplo de lo que también podría abordarse en nuestra propia historiografía, para lo cual los trabajos sobre Italia o Alemania (y las referencias adicionales a otros países) constituyen una buena fuente de inspiración y sugerencias. Hablar de «marxismo difuso», de «marxismos fugaces» (como se hace en alguno de estos trabajos), de huellas más o menos visibles y de impregnaciones en las culturas históricas de los movimientos analizados, enriquece a la vez el co-

nocimiento de los fenómenos estudiados y del propio marxismo en general en su proyección histórico-social. Por supuesto no se puede pretender sistematicidad en una recopilación de este tipo o unas jornadas de debate como las que sustentan el contenido del libro; pero uno se pregunta, entre otras cosas, por qué no aplicar la misma idea a otros campos y objetos, como el de los feminismos o los ecologismos, a movimientos identitarios de algunas minorías... o al propio movimiento obrero, siempre alimentado con influencias diversas y a menudo heterogéneas, más allá de las que constituyen su autodefinición explícita.

Resulta oportuno y es de justicia señalar, finalmente, que el libro forma parte de la excelente colección «Historia Global», dirigida por Carlos Forcadell, que entre otras cosas permite el acceso en nuestro idioma a interesantes desarrollos de historiografías y reflexiones sobre la Historia que no proceden del área francófona o anglófona y que, por ello, resultan mucho menos conocidas que éstas en nuestro país.